

## La arquitectura como propedéutica del espacio vital

JOSÉ MARÍA SILVESTRO GEUNA

### Resumen/Abstract

El tema que se desarrolla a continuación busca analizar, desde la arquitectura y la actividad del arquitecto —en especial, en el ámbito de la construcción del espacio—, la importancia del concepto del lugar en la ciudad, entendido como el espacio más personal del ser humano, es decir, como su «hogar», en su sentido más propio y más extenso. En este contexto, la temática escogida se convierte en un reto a la hora de reflexionar en la ciudad desde la perspectiva del *lugar* —a partir del mismo hecho del *habitar* humano— para intentar arrojar luz sobre la propia actividad del arquitecto, orientada a crear espacios que permitan la humanización de las personas.

En concreto, esta breve reflexión centra su atención en la importancia de los ámbitos dedicados a la vida cotidiana, como son el espacio público donde se desarrolla la movilidad y el ejercicio de la ciudadanía o los lugares dedicados a la educación (escuelas, universidades...). La materialización de estos espacios no ha de ser contemplada, pues, como algo banal, puesto que la forma y el significado de estos ámbitos juegan un rol fundamental en el bienestar y en la realización del ser humano. En efecto, dichos espacios no solo configuran la espacialidad y la temporalidad de la persona, sino que influyen, de forma muy especial, en el desarrollo de las pautas de conducta —personal y colectiva— a lo largo del proceso dialógico que establece la persona mediante la interpretación y la significación antropológica, ética y estética que se encierra en la materialidad de las formas arquitectónicas. De ahí se derivan la responsabilidad del arquitecto y la importancia vital de que ejerza su profesión de forma responsable en el momento de teorizar, proyectar o materializar los espacios de vida cotidiana.

## El espacio vital como lugar-hogar

Nuestra reflexión se centra en la importancia de la arquitectura en la configuración del espacio vital, concebido como un *lugar-hogar* donde el ser humano puede alcanzar su plenitud personal. Así pues, al abordar el concepto del lugar partimos del hecho del «habitar» humano. Este «habitar» no se reduce a los ámbitos más próximos (la vivienda o el espacio laboral), sino que abarca otros más amplios (la misma ciudad en su conjunto); en definitiva, abarca también —y esto es lo que nos interesa resaltar desde el principio— el «habitar específicamente urbano». Desde esta perspectiva, las reflexiones siguientes tienen por objeto arrojar luz sobre la *actividad del arquitecto como creador de espacios* —desde el privado de la vivienda hasta el más público de las plazas, etc.— que permitan la *humanización* de las personas.

En este contexto, el concepto del lugar en la ciudad toma, como punto de partida, la noción de *persona humana*, con la intención de esclarecer el origen mismo del «habitar humano». En este sentido, es importante subrayar desde el comienzo que toda esta especulación asume como marco antropológico de base una *visión personalista*. Esta visión defiende la unidad indivisible del ser humano, es decir, la unidad entre «subjetividad personal» y «corporeidad humana». Concretamente, Max Scheler distingue entre *Leib*, es decir, *corporeidad humana* («cuerpo vivido») y *Körper*, es decir, *cuerpo cosificado* («cuerpo exterior»). Según esto, el ser humano no sólo «tiene» cuerpo, sino que, sobre todo, «es» también cuerpo. Gracias a ese vínculo esencial original con la subjetividad personal, el cuerpo propio participa de una dignidad y de un estatus antropológico prácticamente equivalente al de la subjetividad personal con la cual está íntimamente ligado. Desde esta visión más profunda, la calidad de vida del ser humano depende muy estrechamente de la *calidad de vida* dada a su corporeidad (al cuerpo vivido, existencial, personal).

Sin embargo, convendría preguntarse: ¿Qué ha de permitir un lugar para que, en la práctica, el ser humano pueda alcanzar una alta calidad de vida y así humanizarse plenamente? Caturelli, en su *Metafísica del habitar humano*, ha escrito certeramente que solo el ser humano es capaz de «habitar». En sus palabras, él nos explica que «habitar es inconmensurablemente más que el acto de alojarse físicamente aquí o allá, pues, aunque en nuestra lengua *habitar* signifique 'morar en un lugar o casa', también significa un modo especial de existir» (...) [De aquí que la casa o el edificio que el ser humano hace] pone de relieve, expresa de algún modo, la totalidad del ser del hombre" (...) [Por tanto], «quienes hacen su casa o quienes adecuan a sí mismos la casa que les toca hacen participar al edificio de su más profundo habitar» (p. 23).

Asumiendo esta dimensión profunda del habitar humano, y recordando que el ser humano es una unidad singular entre subjetividad y corporeidad, se puede concluir: «mi cuerpo es el 'lugar' original en donde 'habita' mi subjetividad personal». En este sentido, y por extensión,

«mi casa, mi porción de ciudad más vivida, la ciudad donde vivo —en cuanto 'extensiones construidas' de mi cuerpo— están llamadas a ser verdaderos 'lugares' concéntricos, contruidos para que 'habite' mi ser personal y me permitan humanizarme con plenitud». Ahora bien, permítaseme citar de nuevo a Caturelli cuando subraya que «el habitar humano es un habitar familiar, y este último es un habitar urbano. En cuanto habitar humano —añade—, todo habitar es, en el fondo, habitar urbano» (p. 25). En este contexto, podemos concluir que el ser humano alcanza más su plenitud cuando —trascendiendo su círculo individual: el del propio lugar-hogar— llega al *habitar urbano*, donde priman la *comunicación* y la *comunidad*.

### La responsabilidad del arquitecto en la creación del espacio vital

Ahora bien, si la materialización del espacio vital, conformado como un lugar que favorece el habitar humano, se constituye en instrumento eficaz que permite la humanización de la persona, ¿cuál ha de ser la responsabilidad profesional del arquitecto en la configuración del espacio? Más aun: el arquitecto, desde su práctica profesional, ¿es capaz de conformar un orden —un modelo— que facilite y favorezca la comunicación y la creación de comunidad? En este sentido, Muntañola (2001) explica que el arquitecto tiene la posibilidad de ejercitar una *virtud práctica* a través de la creación de un proyecto en que aplique una ética que haga posible la creación de un modelo espacial y social que estimule la comunicación. Con sus palabras, él explica que el arquitecto ha de ser capaz de crear un modelo a partir de «prever la forma física (sin ser el constructor), el uso social (sin ser el usuario) y la estética y el significado cultural de la obra (ciudad o edificio), sin poder verla nunca acabada» (p. 116). En este contexto, la arquitectura y su ejercicio profesional comparten con el pedagogo y el legislador un proyecto común: la configuración de una sociedad más humanizada, mediante la creación de un ámbito, de un *lugar habitable*; el legislador estableciendo leyes, el pedagogo formando a la persona y el arquitecto dando forma, a través del proyecto arquitectónico, a la interacción (a la comunicación) social de una comunidad.

Así pues, el arquitecto, a la hora de proyectar una intervención puntual —una vivienda, un edificio...— o más de carácter general —la transformación de una porción de la ciudad o de un territorio—, ha de «prever el futuro» desde el propio proyecto, el cual, al igual que el legislador en el desarrollo de una ley o de una normativa, está dando forma a la sociedad a partir de estimular y/o restringir determinados comportamientos. En este sentido, buena parte de la labor profesional del arquitecto, de su sentido y finalidad, depende de la «visión social y cultural» de la educación que él promueve a través del proyecto arquitectónico. Así pues, Muntañola explica que el «equilibrio emotivo, racional, artístico-científico, social-físico (todo habla de procesos sostenibles) cabe valorarlo como un camino para convivir y para conseguir un medio social y físico mejor para todos» (p. 116), finalidad común para la pedagogía y la actividad del legislador. De este modo, el proyecto y la construcción del espacio vital han de favorecer el desarrollo social y cultural de una comunidad, articulando las cualidades

individuales del proyecto (sus aspiraciones estéticas, sus necesidades funcionales específicas, la disponibilidad espacial, temporal y económica del usuario, etc.) y la «capacidad colectiva de representar un diálogo» en el cual se incorporan, de una forma contextual, lo propio del lugar, lo existente y lo nuevo; un *usuario distinto*, con sus nuevas necesidades, pero también con aportes materiales y culturales que pueden contribuir a enriquecer la calle, el barrio y la misma vecindad.

Por esta razón, desde su inicio, todo proyecto ha de estar orientado hacia un diálogo contextual cuya interacción exteriorice las *razones del lugar*, es decir, su memoria. Sin esta premisa dialógica, el arquitecto será, en el mejor de los casos, un «genio solitario», un profesional autista que no se comunica más que con una imagen de sí mismo, dejando de lado, a través de su ejercicio profesional, una *comunicación honda* que se inicia en su interior y que ha de continuar y trascender en la sociedad. En este sentido, el autor antes citado, haciendo referencia a Platón y al valor de *la arquitectura como propedéutica del espacio vital*, añade que las «casas escriben las leyes sociales sobre las paredes de nuestras ciudades» (p. 116) y que los niños podrían comprender que el espacio de las urbes y las leyes se encuentran inscritas en el lugar.<sup>1</sup> Por eso, tanto la ciudad como la arquitectura, como hechos sociales, se encuentran íntimamente unidas a las transformaciones culturales que se van suscitando a partir de los cambios físicos, ecológicos, históricos... Unos cambios que, por otra parte, deberían «transparentarse» tanto en las personas como en las formas de la ciudad.

Tener en cuenta el lugar y su forma como medio capaz de desarrollar la comunicación humana (la socialización de una comunidad) permite comprender y proyectar el orden social en la materialidad del espacio arquitectónico a través de un diálogo entre la cultura y el proyecto de un lugar, desde una virtud práctica arquitectónica. Dicho de otro modo, mediante el ejercicio de una moral práctica o una virtud sabia en la proyección del espacio para vivir, de un lugar hogar, habría que saber en qué consiste el ejercicio de este hábito práctico de la arquitectura, a fin de adecuar la enseñanza y las prácticas del arquitecto hacia estos objetivos. Muntañola (2000), al hablar sobre la «dimensión ética de la topogénesis», explica la moral como arquitectura del pensamiento aristotélico e insiste que tanto la ética como la política son partes de una misma realidad, pues ambas necesitan «de lo moral» para su ejercicio.

Asimismo, este autor insiste en el debate de la arquitectura como práctica de una *virtud sabia* que tiene enormes repercusiones. Por una parte, está llamada a construir lugares, más allá de una corriente estilística imperante en la arquitectura o de un estilo en particular. De este modo, no es de extrañar que el pensamiento aristotélico acabe con un modelo espacial. Con su propias palabras, Muntañola sostiene que «la suma virtud y sabiduría se dan en un saber comportarse 'arquitectónico', es decir, en un saber comportarse que sea capaz de reflexionar sobre el pasado y el presente, para conformar un futuro mejor para todos. Y esto es precisamente lo que se necesita para prever el futuro de una ciudad en la cual todo

el mundo viva con comodidad, belleza y seguridad» (p. 67). En definitiva, la creación o la aproximación, siempre dinámica y permanente, del desarrollo de unos espacios para vivir necesita no solo las «leyes inmutables de las piedras» del hacer arquitectónico, sino también la práctica ética conforme a la formulación de las leyes por parte del legislador.

A la labor del arquitecto y del legislador le sigue la necesaria e irremplazable del formador de los *arquitectos*, que están llamados a ser no solo expertos técnicos en su profesión, sino también personas con una notoria *madurez humana* y *sensibilidad* para responder a la complejidad del *lugar*, indagando en la *complejidad* del propio *ser humano* y en el contexto donde la persona vive. Finalmente, Muntañola (2001) subraya la necesidad de educar en la arquitectura, «integrando el espacio y el tiempo con las demás disciplinas, haciendo que todas sean cualitativamente 'arquitectónicas', es decir: éticas. Paradojas de la historia, pero no absurdidades; la arquitectura, piedra de toque de la ética, es justamente hoy uno de los campos más claros de la especulación, el poder de mafias duras y puras y el campo de batalla de la violencia por un lugar para vivir» (p. 120).

### Conclusiones

A modo de conclusión, parece oportuno subrayar que la actividad profesional del arquitecto (su responsabilidad profesional) debería orientarse a construir lugares 'a medida del ser humano', un tipo de construcción que tomara en consideración las necesidades humanas desde un enfoque global. Dicho de otro modo: lo realmente importante no es solo orientar la actividad arquitectónica a la resolución de aspectos funcionales y utilitarios, sino también a la creación de ámbitos capaces de *sensibilizar* a las personas a través de formas espaciales que expresen la *armonía*, la *belleza*... Para lograr este cometido, habría que esforzarse en captar las «razones del lugar» (la historia que lo envuelve, su cultura, sus valores simbólicos, etc.), buscando para ello situarse en la mentalidad viva del usuario en su tarea proyectiva y constructiva.

Esta creación del lugar que el arquitecto busca hacer, intentando colocarse en el lugar de quien lo va a vivir, nos hace pensar en la responsabilidad de este a la hora de preservar, renovar o crear las condiciones óptimas que permitan el desarrollo del habitar humano. Una creación que recuerda también el valor del lugar como *punto* entre la historia y el ser humano, válido para el espacio singular de la vivienda, para los sitios dedicados a las actividades laborales o para el espacio público de la ciudad. Al hilo de este pensamiento, el arquitecto debería, ya desde el proyecto, ejercer su ética, *creando un modelo que prevea* la forma física del espacio sin ser él su constructor, indagando el uso social que se dará al lugar, sin que como arquitecto sea el propio usuario, desarrollando una estética a partir de incorporar significado cultural a la obra (edilicia o ciudadana), aun en el caso de que no la vea terminada.

Asimismo, habría que tener en cuenta que uno de los inconvenientes más importantes a que se enfrentan los arquitectos, mayoritariamente dedicados al proyecto, es su escasa implicación a la hora de 'crear ciudad'. En efecto, la construcción de la ciudad está en manos de los promotores, los especuladores inmobiliarios, etc. Sin embargo, la falta de un planteamiento teórico claro que oriente el proyecto arquitectónico, el trabajo multidisciplinario insuficiente en el campo de la arquitectura y el urbanismo, y la integración escasa de la gestión del urbanismo dan como resultado distintos tipos de actuaciones urbanas que no logran constituir un todo unitario, es decir, actuaciones que no favorecen la creación de ciudad. Se entiende así que la actividad del arquitecto quede actualmente recluida, en el mejor de los casos, a actuaciones particulares a través de la realización de proyectos puntuales.

Finalmente, convendría señalar nuevamente, a propósito de la responsabilidad profesional del arquitecto, que esta no solo debería restringirse a los límites que prescriba una ley o una normativa. Ciertamente, nada de lo expuesto anteriormente puede resultar posible si el arquitecto no llega a asumir, en su conciencia y en su sensibilidad, una 'teoría del lugar' como la que se ha intentado esbozar en este artículo. Además, es necesario y urgente que el arquitecto reasuma su lugar en la sociedad, atendiendo varias razones. Entre ellas, aquí recordaremos tres. La primera es que el arquitecto, desde el proyecto y la construcción más discreta, ha de sentirse «constructor de ciudad», y no un simple «tecnócrata». La segunda razón a tener en cuenta es que el arquitecto ha de saber captar las «razones» del *lugar* (la historia envolvente, su cultura, sus valores simbólicos, etc.) y, a tal efecto, intentar situarse en la «mentalidad viva del usuario», al acometer su tarea proyectiva y constructiva del espacio construido, sea este singular o colectivo-ciudadano. La tercera razón es concienciar al arquitecto para que cambie de mentalidad, y experimente una formación y una transformación permanente. Este cambio ha de empezar ya en la propia preparación del arquitecto, en las escuelas superiores de arquitectura universitarias, así como también en los colegios profesionales de arquitectura. Sin esa mentalidad sólidamente conformada, lo más usual que cabe esperar del arquitecto es que se limite a proyectar y a realizar con eficacia construcciones firmes, útiles e, incluso, atractivas. A la luz de todos estos comentarios, la tarea del arquitecto se perfila más interesante y responsable: su actividad consiste ahora, tanto desde el punto de vista edilicio como urbano, en crear verdaderos *lugares* a la medida del ser humano, orientando sus esfuerzos a la construcción de espacios y de temporalidades que humanicen a las personas, en definitiva, «construyendo ciudad».

### Bibliografía

- Augé, M. (2004): *Los no lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*, 8.ª ed., Gedisa, Barcelona.
- BOLLNOW, O. F. (1969): *Hombre y espacio*, Labor, Barcelona.
- CATURELLI, A. (1984): «Metafísica del habitar humano», en A.V. (1984), *La ciudad. Su esencia, su historia, sus patologías*, Fades Ediciones, Buenos Aires.
- CHILLIDA, E. (2001): Museo Chillida Leku. Textos escritos por Mixel Esquiaga, Chillida-Leku, SL, Gipuzkoa.

- DE CERTEAU, M. (1996): *La invención de lo cotidiano: un arte de hacer*, Universidad Iberoamericana, AC, México.
- MUNTAÑOLA THORNBERG, J. (2000): *Topogénesis. Fundamentos de una nueva arquitectura*, Edicions UPC, Barcelona.
- MUNTAÑOLA THORNBERG, J. (2001): «Arquitectura y educación: espacio, sociedad y cultura», en Polis Científica, Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, Argentina.
- MUNTAÑOLA THORNBERG, J. (2003): «La arquitectura de la transparencia. El espacio humano», *Arquitectonics*, Edicions UPC, Barcelona.
- MUNTAÑOLA THORNBERG, J. (2004): «Arquitectura, educación y dialogía social», en *Revista Española de Pedagogía*, año LXII, n.º 228, pp. 221-227.
- RICOEUR, P. (2003): «Arquitectura y narratividad», en *Arquitectonics*, Edicions UPC.
- RICOEUR, P. (2002): «Arquitectura y narratividad», en *Arquitectonics, Arquitectura y hermenéutica*, Ediciones UPC, Barcelona.
- SCHLEIER, M. (2000): *El puesto del hombre en el cosmos*, Alba, Barcelona.

### Notas

1. Muntañola (2003), a propósito del concepto de transparencia en la arquitectura, explica que el ser humano necesita participar desde el proyecto y, más aun, en la vivencia del espacio a «partir de un equilibrio entre sensación y conocimiento» (p. 37-38). El filósofo griego Platón denominaba esta tensión con el término *khôra*, una fuerza que podría decirse que es el principio del mundo. Además, en otro escrito sobre «Educación y arquitectura: el proyecto como estímulo para la inteligencia», Muntañola (2004) sostiene que la *khôra* se establece como «base del espacio y lugar humano; articula el cosmos con la historia, la naturaleza biológica con la naturaleza social» (p. 116).